

LA NUEVA PRENSA

ENSEÑANZA

(Continúa)

Una de las cosas verdaderamente lamentables, tanto en la enseñanza primaria como en la secundaria, es el descuido absoluto de la educación. Se ha dicho en otras ocasiones que la educación debe estar encomendada á los padres y no á los maestros, quienes sólo tienen el deber de instruir. Parece increíble que haya personas que sustenten tales teorías, cuando padres y maestros deben caminar unidos. Otras personas piensan que la instrucción aparece la educación; grave error. Nosotros preferimos un hombre fino, educado, de buenos modales aunque no sepa sino leer y escribir, á un sabio brusco y que, engolfado en sus estudios, desconozca los deberes que debe tener con la sociedad. Eso, creemos que á la mayor parte de las personas les sucederá.

En las escuelas, nadie podrá negarlo, basta que el alumno preste atención para que se le considere como alumno modelo. A hacerlos guardar silencio en clase se reduce toda la educación que, con raras excepciones les prodiga el maestro; pero no les explica, cuando la ocasión se presenta, nada relativo á sus mutuos deberes y á los que tienen con sus semejantes, ni el modo de comportarse en donde quiera que estén, y una vez que salen á la calle, el maestro por ese hecho, se cree desligado de sus obligaciones. Niños y jóvenes hay que en las clases son buenos y respetuosos, pero que en la calle son otros, completamente otros; se burlan del que pasa, forman corrillos escandalosos, etc. ¿Y los maestros que esto ven no están obligados á reprimir ese abuso? ¿Moralmente no están obligados á hacerlo? Sí, y hasta fuera de la Escuela, por consiguiente, deben extenderse las atribuciones de los llamados á educar la juventud.

COLABORADORES

Señor Director de LA NUEVA PRENSA.

Aprovechando la generosa hospitalidad que Ud. me brinda en su acreditado periódico, remito á usted para su publicación los dos primeros artículos de una serie que contendrá al menos ocho del mismo género. En ellos trato de pintar á España tal como la juzgué en 1890, en que recorrí sus provincias en compañía de mi

señora y de una de mis hijas. Ya en 1892 aparecieron en *La República* los dos primeros mas tuve que suspender la publicación de los demás por motivos que no son del caso expresar aquí, pero que ya han desaparecido. Si en aquella fecha que España aún no había pasado por el sinnúmero de desgracias que hoy la agobian, me era grato hacerle justicia, con mucha más razón cumplo con ese deber hoy, que su patriotismo é infortunio la hacen digna del respeto y la simpatía universal.

Manuel Argüello Mora.

Dos meses en España

Era el 22 de diciembre de 1890. Habíamos salido de Hendaye, última estación en territorio francés, y á las nueve de la mañana el monstruo de penacho humeante entraba en el puente que atraviesa el Bidasoa. La locomotora marchaba con silenciosa lentitud, y los viajeros contemplábamos el grandioso paisaje que se ofrecía á nuestra vista. Majestuosas se deslizaban las azules aguas del histórico río, reflejando los pálidos y fríos rayos de un sol de invierno, el más crudo que la Europa ha sufrido en el último medio siglo. A la derecha asomaba sus antiguas techumbres Fuenterrabía, situada en la falda de la montaña de su mismo nombre; á la izquierda la colina de San Marcial, en cuya cúspide y sobre un castillo fortificado, flameaba el pabellón español; y al frente, dividida por la línea férrea, la helada campiña, cubierta por terso manto de nieve. Pronto llegamos á Isum. Mi sangre circulaba con impetuosidad anormal, y una emoción inexplicable me sacaba del nivel ordinario de la vida. ¿Qué podría así turbar mi habitual tranquilidad? ¿Acaso era aquella la vez primera que un país extranjero alimentara mi insaciable curiosidad por lo nuevo y lo desconocido? ¿Cuántas veces en el curso de mi vida había traspasado los límites que separan la Rusia de Alemania, la Francia de la Italia y la Holanda de Bélgica, sin que el sentimiento tomara parte alguna en esas excursiones sugeridas por el amor á la ciencia, por el culto debido á los monumentos del arte, ó por saciar la sed del oro! Nada de eso podía, pues, suscitar la fuerte impresión de ánimo que ha fijado en mi memoria, con sello indeleble, el recuerdo de aquellos momentos y lugares.

¡Ah! Lo que tales efectos producía, no podía tener otra

causa que la fuerza del poderoso imán de la sangre hacia la sangre homogénea que reconoce un mismo origen, y un manantial común!

Era el átomo inmortal que dió vida y pensamiento á los Arabes y Godos, á los Fenicios y Romanos que antes poblaron la Hesperia; era el dón divino que después llevó Colón en alas del genio y de la gloria, á las frondosas selvas de la libre América.

Aquí mis oídos fueron halagados por vibraciones de una armonía conocida, que despertó en mi memoria vagas reminiscencias de las dulces canciones en que la tierna madre arrullaba los primeros y plácidos sueños de la infancia. Era el habla de Cervantes que el gigantesco fonógrafo de la tradición repite á cada instante; la lengua viril, rica y melodiosa que resonó en la soledad de los mares en las carabelas de Colón. Era el idioma con que Hernán Cortés animaba y conducía á sus soldados á la victoria y á la conquista de mundos ignorados.

Si mis sentidos eran lisonjeados por las cosas materiales, mi espíritu vagaba con fruición en el anchuroso campo de la historia del invicto y heroico pueblo español. Todo lo que me rodeaba era evidente indicación de que respiraba las auras de la tierra clásica de la leyenda y de las titánicas luchas por la patria y la independencia, que pisaba la tierra refractaria á la ignorancia y á la barbarie, pues civilizó las hordas salvajes que pretendieron dominarla. En vano resistió el rudo Godo á su influencia bienhechora; el hurano habitante del desierto africano, y el indómito y cruel pirata Moro, dejaron de serlo, y revistieron la cultura castellana desde que respiraron el aura de sus fértiles planicies, ó plantaron sus tiendas en las sierras y montañas de la Pética, convirtiéndose en artistas inimitables, y en obreros disciplinados de la ciencia y del progreso.

Verdad es que los triunfos y victorias obtenidos por los españoles en los pasados tiempos, abrumaban su presente y hacen palidecer la situación actual de su influencia y poderío; mas ya los esplendores de su futuro destino comienzan á percibirse á la luz del eléctrico destello, y á través de la humareda del vapor.

La Europa del Norte y la Central, ocupadas en destruirse, preparando sangrientas y fratricidas luchas, buscan alimento á su energía en lejanos continentes, para proporcionar

el pan al proletario que la amenaza con el socialismo, olvidando que á su lado existen fértiles comarcas donde reina eterna primavera; ciudades populosas en cuyos azules y puros firmamentos son desconocidas las tristes nieblas del Norte; divinas mujeres que la pintura no alcanza á bosquejar, y oradores sublimes, y sabios eminentes y vates inmortales.

De allí ese afectado desdén con que aparentan mirar á España las gentes indoctas de la ilustrada Francia, y los necios que en todas partes abundan. De allí los cuentos y consejas inventadas en su daño y en el de los viajeros que ellas alejaron de la Ibérica península.

Yo di crédito á esos detractores del culto pueblo español, que lo pintan decadente y corrompido, dominado por el fanatismo y por inquisitoriales rutinas; ocupado en admirar toreros y en galantear manolas. Yo creí en los mendigos que amenazan la vida del extranjero, y en el puñal oculto bajo el corsé de la inocente colegiala.

El resultado de tan hostiles y falsas apreciaciones fué para mí, el haber perdido y no aprovechado, durante mi juventud, en que la proscripción política me obligaba á buscar hospitalario asilo en extranjerías playas, para conocer y debidamente apreciar la hermosa patria de nuestros progenitores, la cuna de nuestro idioma, la benéfica fuerza motora que esparció la vida y la luz en el nuevo continente, y le dejó el germen de su futura grandeza.

Sírveme de excusa la consideración de que mi error fué compartido por casi todos los americanos que visitaban antes la Europa, y consuélame la esperanza de poder consignar mientras dura el crepúsculo que acompaña el ocaso de la existencia, los gratos recuerdos que de este viaje me han quedado. Puede ser que ellos contribuyan á destruir arraigadas preocupaciones, y á llamar la atención de mis compatriotas hacia un pueblo hermano, simpático é indudablemente destinado á empuñar el estandarte de la vanguardia de la latina raza, en la eterna lucha de la luz contra las tinieblas, del derecho contra la fuerza, de la libertad y el progreso contra el oscurantismo y la opresión organizada.

Con ese objeto me propongo trazar ligeros esbozos de algunos lugares y poblaciones de España, y describir someramente las impresiones que en mi ánimo produjeron. Si por este medio consigo siquiera

despejar el camino que conduce al fin que me he propuesto, mis deseos quedarán satisfechos.

MANUEL ARGÜELLO MORA

CORRESPONSALES

Notas de Alajuela

I

Se dice que el coronel don José María Sandoval será nombrado comandante de esta plaza.

II

El interior de la Escuela de Varones se encuentra en un estado lamentable. Bueno sería que los señores que componen la respectiva Junta se dieran por ahí un paseo á fin de que vieran el mal apuntado y lo remediaran.

III

A propósito de visitas, el señor Inspector de Escuelas las hace á la referida anteriormente, y acompañado del Director inspecciona las clases. ¡Bien, señor, así se cumple!

IV

El salón del Colegio se convierte en magnífico teatro.— Hemos visto al conocido artista mexicano, señor Cumplido, trabajando, dispuesto á dejarnos con sus pinceles soberbias decoraciones. Ya tendremos, pues, un lugar en donde matar el tedio que se ha apoderado hace tiempo de la tierra del gran Santamaría.

Junio 19 de 1899.

Un corresponsal.

Notas rápidas de Tres Ríos

Señor Director de

La Nueva Prensa

Estimado señor:

Estaba en espera de los resultados de las observaciones hechas por el observador del Observatorio de aquí, pero ó ese señor ha olvidado su promesa, que algo nos prometía, ó yo soy muy impaciente.

Sea de ello lo que fuere, no he de privarme del gusto de hacer, aunque sea una vez, de *corresponsal* de su periódico, digo, de nuestro periódico, puesto que lo es de todo el pueblo, y que, dicho sea de paso, entre nosotros ha tenido especial acogida, como hasta ahora no se le había dispensado á ningún otro.

Y ya que de noticias se trata, á ello voy:—no hemos de quejarnos ya de rigurosidad del verano, pues es de ver cómo reverdecen nuestros prados y cómo los cafetos vuelven á ser